

# HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

## J. Edwards Bello y su novela española

**D**ICE Wilde que los libros se dividen no en morales e inmorales, sino en bien escritos o mal escritos; y es que el ironista irlandés, siendo como era tan ligero y ágil, no pensaba un momento en que un escritor suele ser ilegible, puesto que no basta que una obra deba, sino que es preciso que también pueda ser leída. Para mí divídese la literatura en pesada y divertida; y si de todas las dotes literarias dieran a escoger una para uso y abuso nuestro, resueltamente elegiría, por mi parte, el don de gracia de la amenidad.

Ser interesante y agudo no implica ser superficial, como ser solemne y aburrido no entraña ser profundo. Esta y aquella cualidad reunidas constituirían el perfecto hombre de letras; aunque semejante término también desplaza por sobra de intelectualismo y falta de vivacidad; iletrado, tampoco es igual a analfabeto y siempre que un Dumas tome la historia de cualquier Francia como percha para colgar sus gasconadas, hay que pensar que la más verídica y verosímil Historia viene siendo hasta ahora la leyenda, porque la fantasía no es la hija estéril, sino la fecunda madre de la realidad y porque recrear es, en suma, la facultad divina de volver a crear.

Todo esto a propósito de dos extensos si no grandes volúmenes, recién publicados en América, pero de los cuales si uno gana la diestra, automáticamente toma el otro la siniestra. Abandonándole a su suerte a este último, ocupémonos, del primero, cuyos vicios y méritos, amalgamados como en los seres de carne, hueso y ánima, hacen de él ese organismo viviente que es una verdadera novela.

La cual se llama en este caso *El Chileno en Madrid* y, editada por Nascimento, en Santiago de Chile, tiene como autor a don Joaquín Edwards Bello, de quien se conocen ya otras producciones, tan variadas y variadas como *La Muerte de Vanderbilt*, *El Roto*, *El Nacionalismo Continental* y *Tacna y Arica* (novela), y ese *Cap Polonio*, joya de novela corta, espiritual y sentida como las mejores páginas de Eça de Queiros. Edwards Bello, pues, no sólo no es anónimo, ni está inédito, sino que tiene y mantiene público y prestigio continentales, sobre todo entre la juventud. La metrópoli peninsular y la sede metropolitana, Madrid, tan inaccesibles para criollos e indios, han sabido destacarlo del montón, del montón de letrados y poetas de la América Española, y darle el puesto aparte que merece ante la atención de la raza.

Tanto más significativa la última novela de Edwards Bello cuanto el protagonista chileno viene a colocarse en este medio de la España ancestral, donde sus amores de un viaje anterior, tuvieron fruto. Y es este híbrido hijo del indio con modalidades cosmopolitas y de una castellana, lo que Pedro Wallace pretende recoger en su corazón.

La aventura no sería sino esta requisa sentimental, si no la complicaran y enriquecieran todas las peripecias del chileno en Madrid; el contraste y los puntos de relación que establece entre su país de origen español y este origen español de su país; los tipos desarraigados de allá, que pinta descentrados acá. Y con la comprensión de la madre patria genuina y atávica, la nostalgia henchida de reparos, que continuamente siente por su América natal, en este período no de transformación, sino de formación por que atraviesa. El hombre de raigambre lucha en sí mismo con el hombre transplantado, y este solo drama bastaría a darle a la narración un singular atractivo, tanto para los europeos, como para los americanos.

La sátira que Edwards Bello hace de unos y otros, resulta imparcial, bien que no desapasionada y restablece el nexo entre lo que fué y es y lo que será. Y en su personaje de transición y en los otros secundarios que lo ponen de relieve puede estudiarse, más allá de lo novelesco, el dilema trascendental

del viejo y el nuevo mundo, con sus recíprocas incomprensiones y también con su consanguinidad fundamental y tradicional.

Lo que no abandona al lector es la curiosidad suscitada por quien sabe sostenerla, en fuerza de su propio encariñamiento con el tema y con la trama. En fuerza de sincero, el libro parece autobiográfico; y sin embargo, la síntesis que logra no era dable alcanzarla sino por un análisis impersonal y desinteresado.

La disciplina un tanto fría y forzada del oficio, falta a menudo, no en la concepción, sino en el concepto de esta obra que, por lo mismo, escapa a la crítica escolástica, rebasando sus dominios, como desborda los de la literatura de imaginación y observación. Ambas se funden y confunden en una aleación impura pero vibrante, y cuando se termina el último episodio, se guarda la sensación de haberlas vivido todas, aún a pesar nuestro, y mil reminiscencias conviértense en nuestra memoria en otras tantas sugerencias.

No sé por qué, o sí sé por qué, me imagino que en Francia, donde se trata de bautizar a América llamándola Latina, la novela de Edwards Bello interesaría como en España y ayudaría a explicarse ese fenómeno inexplicado que sigue vinculado a los españoles de aquende y allende el mar. Inútilmente éstos y aquéllos se pretenderán extraños, puesto que se pone de manifiesto su identidad en cada uno de sus movimientos subconscientes. Y cuantas diferenciaciones hayan establecido los apartamientos de espacio y tiempo, desaparecen como aparentes apenas se remueve el fondo entrañable y consubstancial de los comunes orígenes, lengua y religión. Una sorpresa para quienes intentan distanciarse o para quienes intenten distanciarnos. Y más valdría reconocer de una vez por todas la evidencia en que se sustentan todas estas verdades.

Un regusto plebeyo de melodrama—y el melodrama si no está entre las manifestaciones, es uno de los precedentes del romanticismo—satura la intriga, cual si Edwards Bello, aristócrata de nacimiento y de la inteligencia, sintiese la necesidad de reconfortarse al contacto eternamente sano y vigoroso del pueblo y en este caso, del pueblo español que, hoy por hoy se mantiene pueblo por excelencia, con todo su buen sentido, sus virtudes de estoicismo y alegría y su humanidad tan compenetradamente cristiana. El republicano comienza a comprender en la monarquía que la democracia no depende del régimen político; que la libertad no se conquista con revolucio-

nes, sino por evolución lenta y honda; y que está tan distante el progreso de la cultura como los rascacielos neoyorkinos de los propíleos helénicos. Cuando el americano llega a penetrarse de todo esto, es que la secular Hispania le ha devuelto la clave, perdida en América, de eso a la vez complejo y simple que constituye la civilización.

No sabría resumirse mejor la novela de Edwards Bello que glosando cuanto constituye su obsesión oculta. Idea fija de criollo que, por amor a su tierra de porvenir, vuelve hacia la del pasado, como quien remonta al manantial y advierte no sólo que no está exhausto, sino que es más puro que el restante curso de agua. Entonces con una lealtad que siempre es patriótica, proclama su descubrimiento: mientras la América virgen aparece como agostada en sus hombres y sus costumbres; España conserva el corazón, única juventud esencial e inmanente.

Pero, más por inducción que por expresión, estos problemas surgen en la novela *El Chileno en Madrid*, como consecuencia de su movimiento y su espontaneidad. Nada tan despojado, en efecto, de artificio y literatura como las artes de este literato; nada sienta menos tesis que sus directas filosofías—su intuición habría que decir mejor, para usar palabra por menos precisa más justa.

Una simpatía irresistible envuelve a los lectores de Edwards Bello y capta su sentimiento, mucho más que su pensamiento, fin que persigue el artista y que consigue si logra realizarse. Cuando el libro nos suelta, algo después que nosotros le soltamos, acaso recapacitemos en errores y lunares. Pero el ensalmo ya se produjo y todo reparo resulta póstumo.

Tenga la América española, para educación suya y para gloria del idioma que le cupo en suerte, tenga, decimos, algunos libros como *El Chileno en Madrid* y algunos autores como Joaquín Edwards Bello, y poco a poco irá ganando, primero la curiosidad y luego el interés de quienes todavía la consideran, y no sin motivo, más bien como una nebulosa que como futuras Pléyades. Porque, quieran que no los mal llamados hombres positivos y prácticos, en Atenas, de Grecia o en Santiago de Chile, por encima de tráficos bélicos y bursátiles, o de diplomacias, la primera y la última palabra la dirá siempre el arte.—AUGUSTO D'HALMAR. ✓

Exclusivo para *Atenea* en Chile.